

CAMINO DEL CEMENTERIO

(CONTEMPLACIÓN)

Era una melancólica tarde de otoño del pasado año. Las frescas brisas, precursoras de los fríos invernales, arrastraban en interminables remolinos las amarillentas hojas de los ya medio desnudos árboles. El sol, encendido como el ojo sangriento de un cíclope, apareció en la profunda rasgadura del denso velo de negras y pesadas nubes, que en ancha y dilatada faja se extendían sobre el poniente.

Marchaba por el camino del Cementerio, por el que apenas transitaba alma viviente, como si todos huyeran de aquel sitio de eterno descanso, de silencio profundo, de aquella mansión de inolvidable olvido.

La campiña estaba desierta, ningún ruido turbaba esos solemnes momentos en que el sol, hundiéndose en el incendiado ocaso, nos anuncia la muerte de un día y la tranquila calma de la vecina noche; sólo llegaban á mis oídos los ligeros ruidos de las hojas impulsadas por las auras de la tarde y los lejanos murmullos del Tormes, que allá, en lo hondo de la vega, entre Otea y Tejares, se tendía como gigantesca serpiente de bruñida plata.

Contemplando estaba yo como el sol entre el espeso crespón de las apiñadas nubes, se hundía tras la curva silueta de los montes, cuando el agudo silbido de una locomotora me sacó de mi abstracción: era el tren de la Frontera Portuguesa que, envuelto entre los vapores de su anhelosa respiración, cruzaba rápidamente por las faldas de los solitarios cerros y pasaba por delante del Campo santo, haciendo estremecer en sus fríos lechos á los que duermen en él el sueño temporal de la muerte.

Aún revoloteaban entre las abiertas trincheras las volutas del liviano humo de la locomotora, cuando al volver los ojos ví el modesto entierro de desconocido hermano, que en negra y pobre caja, sin más acompañamiento que los que le conducían y tres que le seguían, tal vez parientes y amigos, quizá sólo éstos, iba en